

INVISIBLES

Brenda Angélica González González

Concurso de Creación Literaria
Las Tintas de Revueltas

INVISIBLES | Brenda Angélica González González

*Texto Ganador del Concurso de Creación Literaria
“Las Tintas de Revueltas”*

Primera edición | Instituto de Cultura del Estado
de Durango: 2021

D.R. © Instituto de Cultura del Estado de Durango. 2021
5 de Febrero No. 800 Pte. Zona Centro. C.P. 34 000.
Durango, Dgo.

Impreso y hecho en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este
material por cualquier medio sin el previo y expreso
consentimiento por escrito del Instituto de Cultura del
Estado de Durango.

José Rosas Aispuro Torres
Gobernador Constitucional del Estado de Durango

María del Socorro Soto Alanís
Directora General del Instituto de Cultura

Dalila Sammanta Rivas Coronel
Directora de Planeación y Evaluación

Leobrado Enrique Leal Arreola
Coordinador Estaciones Culturales 2021

INVISIBLES por Brenda Angélica González González se
termino de imprimir en diciembre de 2021 por encargo
del Instituto de Cultura del Estado de Durango. En los
talleres de Artes Gráficas. «La Impresora», Canelas 610.
Col. Ciénega. Tel. 618 813 33 33. El tiro consta de 300
ejemplares.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



PARA TODOS
Dgo



INSTITUTO DE
CULTURA DEL ESTADO
DE DURANGO

ESTACIONES
Culturales
DICIEMBRE VEINTINO

INVISIBLES

La última vez que visitaron el sepulcro de Juan fue en el tercer aniversario luctuoso. Se perdieron entre las tumbas abandonadas antes de llegar a una pequeña lápida llana. Una cruz de madera con el nombre escrito en pintura negra les ayudó a identificar la sepultura. 1980-2002. Unas flores sintéticas yacían descoloridas en un triste florero.

Sandra repetía oraciones apresuradas e inventadas frente al mausoleo de su esposo. Los niños en cambio permanecían callados. La actitud de su madre y el silencio del lugar les aumentaban la orfandad.

Aquella mañana hace tres años, Sandra derramó el café cuando escuchó a su hijo que estallaba en llanto. El niño se había caído. Vanesa, que acababa de entrar a la primaria, se despertó y caminó a la cocina soñolienta. Se sentó en las piernas de su padre, que se encontraba en la mesa, y remojó un pedazo de pan para comerlo.

Al darse cuenta de la hora, Juan bajó a la niña de sus piernas con premura, le besó la frente y se fue de casa sin apenas despedirse de su esposa y de su hijo inconsolable. Gritó apresurado que tenía que irse a la chamba. Caminó once cuadras bajo una ligera lluvia. En su largo camino esquivó cacas de perro, botellas de cerveza y colillas de cigarros, hasta salir a una amplia avenida que chocaba con el anterior paisaje. Ahí se encontraba ya, en una esquina, un compañero de trabajo al que saludó con un gesto vago.

—¿No ha pasado el patrón?

—Aún no, Juan.

Diez minutos después vieron a lo lejos la camioneta gris del ingeniero. Subieron a la caja y se sentaron en los bordes.

Veinte minutos andando rumbo a la carretera Parral y llegaron al lugar de la obra, donde se abría un boquete de cemento y máquinas a la vista en la verde espesura del cerro.

Construían dos tipos de casas diferentes. Unas con espacio para dos coches al frente y con vista a lo que sería un área verde, y otras con una fachada más breve en una larga fila uniforme.

Los invisibles chalancitos, muchachos de quince años en adelante, movían de un lado a otro sendos bultos de cemento sobre sus hombros. La jornada, igual de pesada tanto para ellos como para los albañiles, empezaba a la intemperie, con los brazos resentidos haciendo la mezcla, cargando ladrillos, construyendo sin tregua. Apenas un breve descanso para calentar el lonche en un comal improvisado, para compartir el refresco y a seguirle, porque no había de otra.

Los sábados salían a las dos de la tarde. La lluvia que acompañó a Juan al salir de su casa y en su viaje en la camioneta junto con los demás había cesado y el bochornoso clima los hacía sudar más que de costumbre. Llenos de mezcla, con sus pantalones raídos, las manos callosas y los rostros miserables, reían por bromas y chistes sin sentir la mínima alegría. El reflejo del otro era el suyo propio.

Los más jóvenes estaban aprendiendo el oficio. Habían dejado sus comunidades, uno que otro hizo un año de secundaria, otros nunca la empezaron. El poder cargar un bulto de cemento los hacía aptos para mudarse a la ciudad y emplearse como chalanés.

Niños sobreviviendo al trabajo duro, invisible. Por ser menores de edad no contaban con ninguna prestación.

Solo ese sobre con dinero que llegaba cada semana, y del que había que mandar a casa la mayor parte. Ellos, imperceptibles a cualquier consideración, apenas si comían por ahorrarse unos pesos que se tradujera en mayor ayuda para sus familias.

La jornada los dejó adoloridos. Se sentaron en la banqueta a esperar al jefe. Algunos acaparando una sombra. Otros bebían agua de una manguera. Cuando por fin llegó el ingeniero, les dio un sobre con su paga de la semana. Enseguida se subieron de nuevo a la troca para regresar a sus hogares.

En lo alto del cerro vieron el edificio del C5 mientras bajaban por un puente. Un segundo después, sin que apenas nadie se diera cuenta, la embestida de un camión doble remolque y los cuerpos de los albañiles, tan capaces para la obra, volaron de la caja para chocar tan frágiles contra el pavimento.

Los conductores que pasaban detuvieron sus carros y llamaron a emergencias al toparse con el horror de piernas y brazos desprendidos. Algunas personas se acercaron a los que veían hacer un leve movimiento y tomaron su mano en espera de ayuda.

Las ambulancias llegaron, los paramédicos buscaron auxiliar a los que aullaban de dolor, entre ellos el ingeniero, dos albañiles y un chalancito.

Esa tarde murieron siete albañiles con el estupor de la muerte impresa en sus rostros boquia-biertos. Sin la menor idea del impacto que en segundos se llevó sus vidas. Los cuerpos fueron cubiertos, fantasmas postrados en la carretera.

Cuatro personas más fueron trasladadas a urgencias. Entre ellos iba Juan con la vida en un hilo. La esperanza volaba ante los esfuerzos del personal que luchaba imparable.

El ulular de las sirenas retumbaba macabro en las calles ;uuuuh, uuuuh! Los coches se enfilaban al lado izquierdo y al derecho para dejar pasar al vehículo de auxilio.

Juan recibía reanimación cardiopulmonar. Los esfuerzos de los paramédicos fueron insuficientes y murió minutos antes de llegar al hospital.

Sandra recuerda ese día en que la secretaria del ingeniero fue hasta su casa para darle la noticia. Ella escuchaba las palabras: accidente, muertos, hospital. Preguntaba y volvía a repetir la misma cuestión desorientada «¿Dónde está Juan?».

Olga, la secretaria, llevó a Sandra y a los niños al hospital. Al llegar Olga se enteró primero que de entre los cuatro sobrevivientes, Juan había muerto, mientras los demás estaban muy graves. Olga no sabía cómo decirle a Sandra, que su esposo estaba en ese lugar, pero ya sin vida.

Sandra mantenía la esperanza ciega e inamovible de los que esperan un milagro. El silencio, las otras esposas, el médico que se acercó a ella a darle la noticia.

El desgarrar al escuchar esas palabras que perdían su forma y significado al ser pronunciadas, como un gusano contraído, luchando.

—¿Puedo hablar con mi esposo? —fue lo primero que preguntó Sandra con una increíble tranquilidad.

El doctor no supo qué responder.

—Es que quiero verlo, doctor, estar a su lado.

No había lágrimas ni lamentos, fue como si le dijeran que Juan se estaba recuperando y que en un rato podría pasar a verlo.

El médico le pidió a la enfermera que la llevara a una camilla para administrar un calmante. Sandra se negó argumentando que se sentía bien. Que se quedaría en el pasillo a esperar a su marido, abrazó a sus hijos y siguió en ese velo irreal.

Unas horas después Sandra comenzó a rasgar su pantalón. A los niños se los había llevado una trabajadora social. Poco a poco iba recociendo en dónde estaba. El pasillo de urgencias, el nosocomio, los hombres de batas blancas, la puerta de doble hoja que se abría a cada tanto con heridos y el grito ahogado que despide la muerte.

Dos días después fue el entierro de los ocho trabajadores. A todos los velaron en la misma funeraria. Esposas, madres, padres, hermanos, hijos que lloraban.

Vanesa recuerda vagamente lo ocurrido: una pesadilla en la que su padre fue sepultado bajo tierra.

Ese instante en que iban bajando la caja, echaba las últimas flores, un puñado de tierra volando a la profundidad del encierro. Luego las palas trabajando para cubrir la caja. Veía como se derrumbaron los que vieron tan horroroso espectáculo. Ella sigue sin entender cómo pudieron dejarlos atrapados en la profundidad y oscuridad del cementerio.

Llegaron a casa con la pena arrastrando sus pasos. Sandra no fue capaz de ofrecer consuelo a sus hijos. Por meses fue un ser sin voluntad. Vanesa despertaba a su mamá cuando ya no soportaba el hambre.

Fue entonces cuando su abuela se instaló en la casa. Llevaba a los niños a la escuela, hacía la comida, pero no les regalaba ningún gesto de cariño ni palabras de ánimo.

—¡Ya estuvo de estar de huevona todo el día! —gritaba la abuela.

—Y tú crees que quiero estar así, no puedo levantarme.

—susurraba Sandra arrastrando la voz.

—Pues tienes que hacerlo sino tus hijos se van a morir de hambre junto contigo. Nomás que pueda me regreso al rancho.

La abuela no se regresaba. Tenía el pretexto ideal para escapar de su marido golpeador. El señor le echó el ojo cuando ella tenía catorce años y fue a hablar con su padre. Su papá le dijo que ese hombre sería su esposo. Se casaron y se la llevó a su casa. A los dos meses quedó embarazada de su primer hijo.

Teresa sentía una criatura crecer en su vientre. Se supone que debía estar feliz, el único sentimiento que le producía era repugnancia, ganas de arrancarlo de su cuerpo. No sabía nada, ni cómo hacerlo ni cómo quitárselo.

Mientras la panza crecía ella sentía desesperación por esos cambios. Los primeros meses de náuseas le parecieron eternos. El resto del embarazo una tortura sin tregua. El cansancio lo debía soportar porque el tiempo no le daba para limpiar la casa, preparar la comida, atender al señor que llegaba a comer mientras ella apenas si podía mantenerse en pie. A veces se dormía en la cocina, su cabeza recargada en la mesa con los ajos a medio pelar.

Su madre fue a verla y hasta que estaba a punto de reventar le dijo que el parto pronto comenzaría y lo que tenía que hacer. Era como si revelara un secreto de último momento.

Sintió los dolores que le desgarraban la espalda, el vientre. Las piernas se retorcían ante esa tortura desconocida. La comadrona llegó y su madre la reprendió.

—Hay que aguantarse, así ha sido siempre, hija. Pal otro embarazo ya ni te duele tanto.

Teresa solo pensó en la horrible posibilidad de otros embarazos. Hasta ese momento entendió el tormento de su madre con diez hijos. El pánico se apoderó de ella. Los dolores seguían partiéndola.

—Se me hace que viene de nalgas el niño —dijo la comadrona.

La palidez de Teresa la hacía ver como una aparición.

La comadrona metía sus manos a la vagina tratando de darle vuelta a la criatura. La sangre corrió ágil entre las piernas. Apenas si sobrevivió. El niño murió y lo envolvieron en una manta. La madre no despertaba después de aquel terrible episodio.

Al bebé le hicieron una pequeña caja, le rezaron rosarios entre los vecinos porque el sacerdote no estaba en el pueblo, y después lo enterraron en el panteón. Solo meses después Teresa se atrevió a visitar aquella tumba.

Cinco embarazos soportó la abuela. Golpes y gritos del señor que era su marido. A Sandra, la hija más chica, fue a la que mandó a la ciudad a trabajar de sirvienta desde los catorce. Era eso o que se la robaran. De nada sirvió, quedó embarazada a los diecisiete de Juan, un albañil, y ahora era una viuda de veintitrés años.

La idea de criar otros chiquillos, aunque fueran los nietos, no le producía alegría a Teresa. La única razón por la que se fue a casa de su hija fue para no volver a ver al viejo.

Sabía que algún día él la mataría o ella a él. La idea de llegar a asesinarlo le ocasionaba desesperación y alborozo a la vez. Confiaba en que el paso del tiempo menguará las fuerzas del señor y le daría el valor para vengarse.

Había pasado un mes y Sandra seguía ida desde la noticia de la muerte de su marido. Luego no supo qué hacer con ese cóncavo agujero en su pecho. Su madre llegó a su casa, más que ayudar o aliviar el pesar, a ser una sombra negra y poderosa.

No fue que Sandra saliera de la depresión en la que cayó. Su madre la arrojó para ponerla a trabajar de sirvienta.

Teresa le consiguió trabajo limpiando una casa. Doscientos cincuenta pesos diarios por una jornada de diez horas. Dos autobuses de ruta para atravesar la ciudad de los otros: la de los ricos. Incluso la de los pobres no tan pobres. Unos edificios que no les correspondía mirar a ella ni a los que vivían en su colonia que apenas si tenían para comer. Que no conocían la otra franja.

Por seis meses se volcó en tareas de limpieza. Ajena, invisible, muda. En cierta ocasión limpiaba los muebles de la sala de una casa, llegó a sus oídos una discusión a causa de unas propiedades. Escuchó por error y porque nadie se dio cuenta de su presencia.

Hasta que el esposo se fue la señora se percató de la silueta de Sandra. Al ver que la insolente ni siquiera pedía perdón, su rabia se salió de control. La señora le dio una violenta cachetada

Sandra, con las pupilas dilatadas y el odio guardado se la devolvió más fuerte.

—Mugre india ¿Cómo te atreves? —gritó la señora.

—Usted me pegó primero, yo no le hice nada.

—Te largas de inmediato.

La señora llamó al guardia del fraccionamiento residencial y la sacaron sin el sueldo de ese día. La cara impecable de la patrona, con la silueta roja de una mano pintada, se había transformado en la de un animal siniestro.

Las dos temblaban de coraje. La señora sentía la rigidez del golpe. La cólera salía de su voz, de las órdenes, de la suprema patrona a la que había que arrodillarse. Ese día Sandra no estaba para recibir una zurra más. Bastante había tenido con la de sus padres toda su infancia. «Nunca más» pensó. Y se fue sin resistirse al guardia ni pedir perdón.

Cuando llegó a su casa Sandra ya no era un títere a la voluntad de su madre. Abrazó por primera vez a sus hijos desde la muerte de su esposo y ante los asombrados ojos de Teresa le ordenó que le sirviera algo de cenar.

Sandra salió al día siguiente a llevar a sus hijos a la escuela. Después tomó un autobús hacia la maquila más cercana, pidió trabajo y fue a otras dos más a llevar solicitudes. Una semana después ya la habían contratado. De no tener ánimo ni siquiera para salir a la calle los meses después de la muerte de su esposo, ahora sentía que no deseaba seguir siendo la muñeca de trapo, jaloneada y pisoteada en la que se había convertido. Estaba harta de los gritos de su madre, se iba al trabajo solo para no tener que escucharla.

Ni siquiera se percató del abandono en el que dejó a Vanesa y al pequeño Juanito. Eran meses en que ni siquiera reparó en su existencia. Enterrada en el abismo quedó indiferente a la vida que solía ocurrir alrededor de ella, mientras en silencio lloraba a Juan.

Ese dolor no solo lo propició el recibir la cachetada, restregarle el golpe con lujo de fuerza y desagravio a esa señora la hizo levantarse.

Comenzó a trabajar, a llevar comida a casa. Un día se fijó en sus hijos, en los zapatos gastados, la ropa remendada. Los llevó al tianguis a comprar algunas cosas. Ellos ni siquiera recordaban la sensación de salir fuera de la escuela y la casa, si no era para hacer mandados sus días eran monótonos y aburridos. Ese domingo hasta comieron fuera en un puesto de barbacoa.

Vanesa veía con asombrosa desconfianza a esa señora que no reconocía. Su voz era nueva, venía de esa mudez que por meses se prolongó. No la reconocía. Era una figura perdida entre el día que murió su padre y apenas unas semanas de su regreso. Juanito por su parte no sospechó y se dedicó a disfrutarla sin reparo.

Luego de unos meses en que comieron todos los días, la ausencia de ella volvió. No para instalarse moribunda en una cama, sino para aprovechar que estaba viva. Iba a bailes, salía con amigas de la colonia, pronto apareció un novio con el que se iba por las noches. A veces volvía dos días después, con comida y dinero que su madre le arrebatava.

Vanesa escuchaba que la abuela le decía que de seguro ya andaba de puta. Que era una viuda con hijos y responsabilidades, no una mujerzuela.

—Puedes largarte cuando quieras, nadie te pidió que te quedaras —dijo Sandra con total indiferencia.

—Eres una desagradecida, sin mí se hubieran muertos los mocosos de hambre.

—Es por eso que no me morí, para que no se quedarán contigo. La única razón por la que estás en la casa es para no verle la jeta a mi papá. Prefieres soportarnos a nosotros que a él. Por mí vete cuando quieras.

Sandra salió de la casa y se llevó a los niños. Fueron a la plaza. Comieron elotes con chile y limón. Sentados en una banca, miraban pasar la tarde.

—¿Quiero que conozcan a alguien? —dijo Sandra—. Un muchacho de unos veinticinco años se acercó.

Ese alguien era Miguel, el novio de su madre. Ni Vanesa ni Juan recibieron la noticia con entusiasmo. Desde entonces Vanesa se referiría a él como “el tipo”.

—Al fin conozco a tus chamacos. Yo soy Miguel —le dijo a los niños.

Apenas si los niños hicieron un gesto de saludo y Vanesa una mueca de decepción.

Los llevó a cenar tamales. Trataba de parecer simpático, tal vez lo fuera. Así en varias ocasiones fue apareciendo en la casa. Llevaba pan dulce o galletas. Sandra, parecía feliz de nuevo.

Un día Sandra anunció que Miguel se iría a vivir con ellos.

—De seguro ya te dejó panzona. —sentenció Teresa.

El tipo se instaló en la casa ante el descontento de la abuela y los hijos. Ella después de unos meses dejó de trabajar, porque disque él se haría cargo de los gastos.

Vanesa vio a su madre engordar. La niña no entendía cómo el cuerpo de su madre se extendía y crecía.

Un día Sandra, se levantó la blusa, acercó la mano de Vanesa a su vientre. Un crujido, un movimiento dentro de las entrañas la hizo sentir asco ante la criatura que se supone sería su hermano.

Un hijo en espera en una barriga grotesca volvió a Sandra más inútil de lo que ya era. Ya no podía ir a bailes, ni ir a ver a Miguel jugar fútbol y tomarse sus caguamas con los cuates.

Él siguió haciéndolo, se acercaba a ella para hacerle mimos a la panza y se largaba tan pronto como podía.

Unos gritos prematuros llegaron una mañana. Miguel la llevó al hospital, de ahí regresaron dos días después con una bebe fea, rojiza y chillona. No dejaba dormir a nadie. En los dos cuartos y cocina que tenían por casa los llantos nocturnos traspasaba los débiles muros.

Cuando tuvo al bebé en sus brazos, la realidad le cayó de golpe a Miguel. La recién nacida no dejaba de chillar, su desesperación se acumuló tanto que se fue a tomar con sus cuates.

El llanto incansable de Azucena se debía a los cólicos intensos que sufría. Era Sandra quien se la pasaba en la clínica con la chiquilla que lloraba al punto de que parecía que se quedaba sin aire. Los cólicos que padecía la niña no le daban tregua, ni descanso a la familia.

Después de noches en vela, paseando a Azucena en la cocina, durmiendo algunas horas para despertar de manera abrupta ante el llanto. La madre no sabía realmente qué hacer. Ella lo que deseaba era dormir y tal vez no despertar.

Mañana, tarde, noche era una rutina continúa sin variación. Darle de mamar a la recién nacida, ponerla a repetir, lo que implicaba más de media hora en algunas ocasiones, luego cambiar el pañal.

En ocasiones la caca se salía por arriba del pañal y se derramaba hasta la espalda de la pequeña. Un olor nauseabundo impregnaba la habitación, la casa, el mundo.

Ella se sentía deforme, fea. Abatida en ese rol protagónico de madre. Nadie le ayudaba a cambiarse el vendaje del vientre, ni le acercaba un plato de comida. Los cólicos y el sangrado abundante la dejaban inservible en algunos momentos.

Cuando llegaba Miguel, quería ayuda y él todavía le exigía la comida. Entonces las discusiones retumbaban. Los otros hijos desaparecían. Apenas si Sandra los veía o reconocía. Teresa alimentaba a Juanito y a Vanesa con lo que podía. Sandra, comía panes, tortillas, lo que fuera porque tenía un hambre feroz.

Miguel se largaba a la chamba feliz. Poder huir de ese martirio en que todo era reproches y problemas. Dejaba a Sandra en su post parto, indefensa, sola, con una niña con cólicos a la que no podía ayudar. Además, estaban los otros chiquillos que ni eran suyos y tenía que mantener.

Desde que Sandra comenzó a engordar por el embarazo su interés se fue perdiendo, ya no podían beber juntos, todo le daba asco y su cansancio era un eterno problema, llegaba a casa rendida sin ganas de ir a bailar o tener sexo. A Miguel todo el asunto le parecía una exageración.

Cuando dio a luz, Sandra terminó pareciendo un abultado ser con piernas hinchadas. Los pechos grandes que tanto le gustaban a Miguel ahora brotaban leche y le producían náuseas incontrolables. Su interés por ella se desvaneció por completo.

Las ausencias llegaron, las parrandas, el llegar borracho los fines de semana, los gritos y luego una noche sin más, Miguel se fue. Azucena, tenía cinco meses. Sandra abandonada una vez más tenía ganas de escapar también.

No había día en que no discutieran Sandra y Teresa, ora por la niña, ora por los reproches.

Tres noches después de que Miguel no volvió a la casa y ni rastro de él en la colonia, Sandra, en la desesperación ante un brote de llanto dejó a la niña llorando en la cuna, abrió la puerta y se fue sin avisar.

Deseaba largarse al igual que Miguel o morirse como Juan. Salió a la calle a caminar sin rumbo, le faltaba el aire y un colapso de histeria estaba a punto de estallar si se quedaba en el mismo lugar. Sin darse cuenta cruzó bulevares, se alejó lo bastante para perderse.

Después de meses encerrada, saliendo de la casa a la clínica y viceversa. Sandra veía el mundo seguir como antes solo que sin ella. Sin que nadie se diera cuenta del abandono en que se encontraba. Quería ser libre de nuevo de andar, prefería la rutina del trabajo a la de ama de casa.

De pronto, de sus pechos comenzó a brotar leche, la blusa se manchaba. No tenía con qué cubrirse, con qué esconder su maternidad. Se apretaba los pechos, sentía dolor en los pezones, el líquido resbalaba hasta su vientre. Se acostó en una banqueta cubriendo su cuerpo.

Estuvo algunas horas en esa posición, indiferente a los transeúntes. Lloró incluso después de que su leche se secará en su ropa.

Al ponerse de pie, sintiendo un frío amargo tuvo la tentación de cruzar la amplia avenida sin fijarse, dejándose atropellar por el primer desgraciado.

El miedo de no morir y quedar tullida la hizo dar media vuelta. De nuevo el brote de leche escurriendo la obligó a regresar a casa. El instinto de hambre de su hija la sacudió.

Las horas pasaban y Teresa le dejó a la niña que no dejaba de chillar a Vanesa. Estaba desesperada. Si Sandra hacía una estupidez ella tendría que cuidar a esos chiquillos. Sintió miedo. Un dolor profundo en el pecho y en el brazo la tomó por sorpresa.

Sandra llegó pérdida. Con la vista hacia un vacío que solo ella veía.

Vanesa apenas si podía cargar a la niña. Al ver llegar a su mamá la acostó en la cama y se fue del cuarto.

La miró con furia y con prisa se llevó a Juanito.

Teresa desde ese día cayó enferma. En pocas semanas vieron que se consumía ante todos. No podían hacer nada por ella. Una tarde los gritos mortíferos de la abuela traspasaron las paredes. La quisieron llevar a urgencias. Se negó.

—Quiero morir en casa, no me lleven al matadero —dijo con una frialdad absoluta. Me entierren junto a mi hijo y que tus hermanos vengan por mí cuando me muera.

—¿Algo más, amá? —preguntó Sandra, esperando algunas palabras de compasión de parte de su madre. No llegaron, ella no tenía miedo a morir sino a seguir viviendo con ese odio que la carcomía.

—Cuida a la Vanesa y a la Azucena, tener hijas es lo peor. Siempre nos va de la chingada por ser mujeres.

Ese último consejo lo dio con las pocas fuerzas que le quedaban. Tejiendo una palabra tras otra, como si la anterior no pudiera lograr unirse y formar el enunciado completo.

Era una loba a punto de partir, dando sus instrucciones a lo que ya venía venir.

Vanesa seguía indiferente al panorama. No le causaba tristeza. De esa mujer sólo recibió regaños, golpes, dolor. Nunca una palabra de ánimo, el consuelo llegó cuando ella murió sin dar mucha lata.

La velaron en la casa. Sandra llamó a sus hermanos. Ellos llegaron en medio de los rezos de unas cuantas vecinas. Vieron un pobre ramo de flores y las veladoras con sus flamas silbando. Ellos se acercaron a la caja, se persignaron y salieron.

Las vecinas se fueron y los hermanos de Sandra subieron el ataúd a la troca en silencio y sin derramar lágrimas.

La enterraron en el panteón junto con su hijo siguiendo su deseo. Al fin estaban los dos juntos. El hijo muerto al que siempre nombró y lloró.

Los dos hermanos de Sandra cumplieron en enterrarla.

Teresa murió sin que nadie le llorara.

Sandra solo recordaba las grotescas palabras, puta, bruta, tullida. Esas palabras terribles que se supone que una madre nunca debería decirle a su hija. Eran esas memorias las que tenía, el recuerdo de un rostro agitado que descargaba su maledicencia y su frustración acumulada.

A los hijos vivos no los procuró nunca, un altar para el hijo muerto era lo único que le importaba. Los muertos no lloran, no tienen lágrimas ni llevan flores, cuántas veces le habían reprochado los otros hijos.

Sandra hasta ese momento se sintió dueña de esa casa. Tenía tres hijos y por fin la muerte le hizo el favor de llevarse a su madre.

Unas semanas después parecía que escuchaba los gritos de Teresa, los tenía metidos en la cabeza. Azotando en sus oídos sin tregua. Le rezó con poco ahínco, prendió una veladora y decidió dejarla atrás.

Vanesa despertó con una nueva alegría. Ya nadie le diría “piojosa”. Ese apodo horrendo que cargó por años y parecía que su abuela disfrutaba en decirle, por fin desaparecía. Esa voz que daba enterrada junto con ella.

El silencio, ese añorado espacio sin gritos era una realidad.

Sandra consiguió trabajo limpiando unas oficinas. Trabajaba sigilosa por el edificio sin causar ninguna molestia.

Un año después volvieron al cementerio en el aniversario de su esposo. Limpiaron la lápida llana y llevaron una cruz nueva a la tumba de Juan. Vanesa llevó un ramo de flores que dejó con cariño. Los hermanos y su madre se miraban en silencio, sin atinar si comenzaban a rezar o seguían contemplando el sepulcro.

De manera abrupta el mutismo se rompió. A lo lejos la música de banda acompañaba la carroza fúnebre de un trailerero que entraba al panteón. Una caravana de camiones irrumpió formando una fila uniforme.

En el momento doloroso en que lo sepultaban los claxon de todos los tráiler clamaron al unísono en homenaje del difunto. Una pausa difusa ante ese sonido de despedida.

La banda comenzó a tocar. El trombón estremeció a los presentes. Los clarinetes, trompetas y saxofones inundaron el ambiente.

Sandra abrazó a sus hijos, no derramó ninguna lágrima. Una sonrisa de levedad se asomaba en su rostro y sin querer comenzó a tararear la canción con la que hubiera querido despedir a su Juan.